

40 Amaneceres, 2022

Faro Divino

Día 30. La Biblia me habla sobre la ley de Dios.

La ley de Dios es el instrumento que el Espíritu Santo usa para llevarnos a la conversión: “La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma” (Sal. 19:7). Una vez que por haber visto nuestro verdadero carácter nos damos cuenta de que somos pecadores, que estamos condenados a muerte y sin esperanza, entonces captamos nuestra necesidad de un Salvador. Entonces las buenas nuevas del evangelio llegan a ser verdaderamente significativas, aunque la ley no por ello, puede salvarnos.

Cuando trasgredimos la ley de Dios; no tenemos libertad; pero la obediencia a los Diez Mandamientos nos asegura la verdadera libertad. Vivir dentro de los confines de la ley de Dios significa libertad del pecado. Con el fin de que recibamos esta libertad, Jesús nos invita a llegarnos a él con nuestra carga de pecado. En su lugar nos ofrece su yugo, el cual es fácil (Mat.11:29, 30). Un yugo es un instrumento de servicio; al dividir la carga, hace que sea más fácil realizar diversas tareas. Cristo nos ofrece su compañía bajo el yugo. El yugo mismo es la ley. La gran ley de amor revelada en el Edén, proclamada en el Sinaí, y en el nuevo pacto escrita en el corazón, es la que liga al obrero humano con la voluntad de Dios. Cuando compartimos el yugo con Cristo, él lleva la pesada carga y hace que la obediencia sea un gozo. Él nos capacita para tener éxito en lo que antes era imposible. De este modo, la ley, escrita en nuestros corazones, se convierte en una delicia y un gozo. Somos libres porque deseamos vivir conforme a los mandamientos divinos.

La ley antes del Sinaí. Cuando Dios creó a Adán y a Eva a su imagen, implantó en sus mentes los principios morales de la ley, haciendo que para ellos el acto de cumplir la voluntad de su Creador fuese algo natural. Su transgresión introdujo el pecado en la familia humana (Rom. 5:12).

La ley en el Sinaí. Los israelitas vivieron en la idolatría y la corrupción. Su condición de esclavos hizo que para ellos fuese difícil adorar a Dios. Después de su liberación, los condujo al monte Sinaí y les dio la ley moral que es la norma de su gobierno y las leyes ceremoniales que les enseñarían a reconocer que el camino de la salvación depende del sacrificio expiatorio del Salvador. De este modo, en el Sinaí, Dios promulgó su ley en forma directa, en términos claros y sencillos, “a causa de las transgresiones” (Gál.

3:19).

La ley antes del retorno de Cristo. La ley de Dios es el objeto de los ataques de Satanás, y que la guerra del diablo contra ella alcanzará su mayor intensidad poco antes de la segunda venida. La profecía indica que Satanás inducirá a la vasta mayoría de los seres humanos a que desobedezcan a Dios (Apoc. 12:9). La obediencia caracteriza a los santos que esperan la segunda venida. En el conflicto final se unen para exaltar la ley de Dios. En preparación para la segunda venida, este grupo de creyentes proclama el evangelio, llamando a otros a adorar al Señor como Creador (Apoc. 14:6, 7). Los que adoran a Dios en amor, le obedecerán; el apóstol Juan declaró: "Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos" (1 Jn. 5:3).

Cristo no sólo vino con el fin de redimir al hombre sino también para vindicar la autoridad y la santidad de la ley de Dios, presentando ante el pueblo su magnificencia y gloria; y dándonos ejemplo de cómo relacionarnos con ella. Como sus seguidores, los cristianos han sido llamados a magnificar la ley de Dios en sus vidas. Por haber él mismo vivido una vida de amorosa obediencia, Cristo hizo énfasis en el hecho de que sus seguidores deben ser guardadores de los mandamientos. Cuando se le preguntó acerca de los requisitos para la vida eterna, replicó: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos" (Mat. 19:17). Él hizo mucho énfasis en que nunca se debe perder de vista el gran objetivo de la ley de Dios: Amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, alma y mente, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mat. 22:37,38). Si deseamos permanecer en Cristo, debemos estar crucificados con él y experimentar lo que Pablo señaló, cuando dijo: "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Gal. 2:20). En la vida de los que se hallan en esta condición, Cristo puede cumplir su promesa del nuevo pacto: "Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo" (Heb. 8:10).

Reto: la Escritura declara "bienaventurados" a todos "los que andan en la ley de Jehová" (Sal. 119:1). Las bendiciones de la obediencia son muchas, lee los siguientes textos: (Sal. 119:98, 99, 165; Deut. 6:25; Prov. 7:1-5; Jn. 7:17; Éxo. 15:26; Prov. 3:1, 2; 4:10, 22; 1 Jn. 3:22). Medita en oración en cada uno de ellos.

FARO DIVINO, gracias por mostrarme la Ley de Dios, ¡ley de libertad!

